

Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo
Jornada Nacional de la Juventud – Clausura (21-11-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

Queridos hermanos, jóvenes, hombres y mujeres aquí presentes de los distintos pueblos, de las distintas lenguas, de las distintas culturas de nuestro país, unidos a todos los jóvenes en todo el mundo, de todos los pueblos de la tierra que hoy día nos hemos reunido mundialmente unidos al Papa Francisco para celebrar esta jornada.

Queridos hermanos obispos aquí presentes: Monseñor Lino Panizza, Monseñor Cristóbal Mejía, y nuestro obispo responsable de los jóvenes del Perú, Monseñor Alfredo Vizcarra.

Gracias por habernos invitado hoy día a todos, aquí presentes, para compartir este Eucaristía, juntos con la Diócesis de Lima que suele a las 11 de la mañana celebrar la misa catedralicia.

Hermanas franciscanas de la Inmaculada Concepción, gracias también por recibirnos.

La Fiesta de Cristo Rey tiene un sentido hondo porque el Evangelio de Juan que fue escrito dentro de la serie de evangelios, reflexionó y ahondó en cuál es el centro de nuestra fe. Y cuando ahondó y reflexionó sobre eso, nos propuso que, para realizar, ver, vivir y entrar en el Reino de Dios, había que partir de la situación concreta en la que se estaba. Y la comunidad de Juan estaba ciega y no veía el Reino de Dios, y la comunidad de Juan no podía entrar al Reino de Dios.

Esta frase tan sencilla que Jesús dijo en el Evangelio de Marcos: “El Reino de Dios está cerca, ¡Conviértanse!”. Le fue difícil a la comunidad de Juan, porque la comunidad de Juan vivió una época distinta. Se había destruido el templo de Jerusalén, los judíos

habían ido a andar por el mundo, también los cristianos sufrieron la persecución, fueron expulsados de la sinagoga y se quedaron a la intemperie. Todo lo que se había aprendido de la fe de Israel se vino abajo, una crisis, una crisis histórica golpeó a la Iglesia, y la Iglesia se encontró ante el mundo lleno de dificultades, lleno de tinieblas y tuvo que redescubrir la luz. Y la luz va a ser descubrir que Jesús no está refugiado en las costumbres de las tradiciones hebreas, sino en el corazón de la historia como Camino, Verdad y Vida.

Por lo tanto, peregrinos en el mundo, debido a una crisis mundial ocasionada por el imperio romano y por la destrucción del templo, había que volver a la fuente. Y por eso le dice a Nicodemo: “Quien no es engendrado de lo alto de la Cruz de Cristo... Quien no es engendrado del agua y del Espíritu - del costado de Jesús brotó sangre y agua - no puede ver ni entrar en el Reino de Dios”.

Y luego de tratar esos temas en el inicio del Evangelio, Jesús que ha inaugurado todo su camino con una fiesta de alegría - en donde María lo incita a traer la alegría al mundo y a desechar las aguas de purificación hechas para los lavados de los judíos, y más bien convertirla en vino nuevo - Jesús, hoy día, en su testimonio ante Pilato, afirma que el Reino de Dios está muy cerca.

¿Y cómo está muy cerca? Asumiendo la realeza, que quiere decir el gobierno del mundo, pero desde lo que ha propiciado y lo que hoy día el Papa Francisco nos dijo en el balcón de la Plaza de San Pedro: “El reinado, la realeza como servicio”. Porque muchas veces pensamos que cuando Jesús dice: “Mi Reino no es de este mundo”, creemos que está diciendo que su Reino es estratosférico, metafísico, que está lejos o que es solamente espiritual; sin pensar que Jesús se ha encarnado y ha puesto su morada entre nosotros en nuestra historia, y la ha puesto en la carne, en la carne que, como palabra, en griego significa: *sárx*, es decir: lo más débil de la carne. Por lo tanto, Jesús como servidor, gobierna el mundo desde lo escondido y hace que, escondiéndonos con los escondidos del mundo, podamos aprender a dirigir y orientar la historia.

En ese sentido, todos cuando somos bautizados del agua y del Espíritu, de lo alto de la Cruz del Señor, somos re-engendrados, no solamente nacidos. Por eso las palabras que responde Jesús son: “Para eso he sido engendrado, para eso he venido al mundo”. El Señor no dice: “Para eso he nacido”. Es prenatal, lo que es fundamental es entroncar con la raíz íntima, con la semilla sembrada, depositada en el corazón de María, en el útero de María, en la carne de María, para que nosotros seamos engendrados del mismo amor y responder a las situaciones difíciles, trágicas, de peregrinación, en las cuales nos empezamos a encontrar en el mundo después de esta enorme crisis que todavía tendrá muchas crisis en secuencia, y nos prepara para una sola cosa: “Sí, soy Rey, tú lo dices. Mi Reino no es de este mundo (...) Yo soy Rey, testigo de la Verdad y todo el que es de la Verdad, escucha mi voz”.

Ser testigo de la Verdad, por lo tanto, no es tener una verdad para empezar a enfrentar al mundo con armas y atacarlo porque no es católico. Ser rey no es ponerse encima de la gente y despreciarla porque no son como nosotros. Ser rey es servir y acompañar a la gente sencilla, en especial a los jóvenes que tienen múltiples esperanzas, dificultades, necesidades de encontrar el sentido de las cosas, y en esa compañía, la Iglesia iluminar y reinar desde el corazón de la compañía de la gente, y no para imponerle nada.

Digo esto porque se han colado en los últimos años una serie de nociones que no tiene nada que ver con la fe cristiana, porque en cierto modo, en el Evangelio a veces se usan los paralelos. Por ejemplo, ser “soldado de Cristo”. La única razón que tiene Jesús para decir que debemos ser como soldados de Cristo es por la soldadura, es porque debemos estar unidos fielmente a Él, no porque salgamos con armas a combatir a nadie, ni a matar a nadie, como lo interpretaron los cruzados que desarrollaron una Iglesia impositiva, destructiva del mundo y no dialogante con el mundo.

Jesús es Rey porque sirve, y porque sirviendo todos nosotros, los jóvenes, hombres y mujeres que estamos aquí presentes y todos

los que están en el mundo, llenan de esperanza al mundo porque lo acompañan, lo comprenden y le indican un camino, lo educa, son testigos, y los testigos lo que hacen es acompañar para hacer madurar, no para imponer ni para limitar.

Por eso, en esa perspectiva grande, le pido unas palabras a nuestro querido asesor nacional y obispo encargado de la Juventud, Monseñor Alfredo Vizcarra, que va a terminar esta homilía sobre esta base con todo el ejemplo que ustedes, como jóvenes, están dando ya en nuestro país y en el mundo, chicos y chicas del Bicentenario.

Continuación de homilía, a cargo de Monseñor Alfredo Vizcarra

Queridos y queridas jóvenes, hemos estado en estos días orando y profundizando sobre esto que hemos estado diciendo, repitiendo constantemente: “¡Levántate! Tú eres profeta del Bicentenario”. Esta invitación a levantarnos, a levantarse que es propia de este Dios, porque así es como Él nos quiere, de pie dignamente. Es también una invitación al protagonismo, a estar presentes, a aportar nuestra juventud, la de ustedes, la fresca, la novedad, para reformar siempre y de manera constante en nuestra vida.

La presencia de ustedes es muy importante en nuestra sociedad, en nuestro mundo a pesar de que la actitud nuestra pueda ser de protección y de desconfianza, porque se les considera a ustedes como faltos o carentes de experiencia y también con una cierta dificultad, no es dificultad, pero, más bien, poca propensión a medir los riesgos y peligros.

El Papa, en el *Christus Vivit*, nos señala que, no obstante, la verdad que pueda haber en eso, en esa preocupación de los adultos, es importante también que esté acompañada esta preocupación de cercanía, que esté acompañada de orientación, de aliento que necesitan los jóvenes en su proceso de incorporación. Y el Papa nos recuerda que ese es el modo de actuar de Dios a lo largo de toda la historia de la salvación, Dios llamó en toda la historia y a lo largo de toda la historia a muchos jóvenes, para justamente, introducir el cambio, la novedad, contó con ese corazón fresco, sensible del joven, para poder seguir acompañando a su pueblo.

Y a nosotros, cuando vino por acá, nos invitó a construir la unidad entre los peruanos, y nos dijo que esta unidad se forja por la común esperanza que habita en nuestros corazones de creyentes en Jesús, muerto y resucitado.

Como queriendo reavivar nuestra fe, nuestra confianza en el reinado de Dios, ante tantos desafíos que tiene nuestro país, nos recordó que somos una tierra ensantada y que, en su tiempo, nuestros Santos, movidos por su fe, mantuvieron viva la esperanza, porque como Rosa de Lima y San Martín de Porres, estos dos jóvenes santos peruanos, fueron portadores de esperanza en medio de una sociedad sacudida por las diferencias sociales, ambos, identificados con el modo de proceder de Jesús, tuvieron en el centro de su corazón los sufrimientos de los negros, de los indios, de los enfermos, de los pobres, de los indigentes, fueron ellos un bálsamo, cercanía para toda esa realidad. Y esto, no por ideologías, sino por su fe, ellos identificados en Jesús, identificados con el Señor, actuaban así. De tal modo que todo el mundo se sentía cercano a ellos, no había ricos, pobres, que no se sintieron acogidos como una palabra de esperanza y de renovación de parte de estos Santos jóvenes nuestros.

En este Bicentenario de nuestra independencia, la Pandemia ha puesto en evidencia que la libertad proclamada hace 200 años, sigue siendo tarea para nosotros, porque las desigualdades e inequidades manifiestas durante este tiempo tan duro, son un obstáculo y un recorte a las libertades de mucha gente en nuestro país.

La llamada de Jesús a poner primero el Reino y su justicia sigue siendo apremiante. Quisiera, aunque no es nuestro contexto inmediato, pero sí global, recordar las palabras de Elizabeth Wathuti que habló en la COP 26, delante de todos los altos dignatarios de las naciones, dijo:

“Me he preguntado una y otra vez qué palabras podrían conmoverlos. Mi historia solo los conmoverá si pueden abrir sus corazones. Su voluntad de actuar debe venir de adentro. Ahora mismo, mientras estamos sentados aquí, en este centro de conferencias, en Glasgow, cómodamente sentados aquí- decía Elizabeth- más de 2 millones de mis compatriotas kenianos se enfrentan a la hambruna relacionada con el clima”.

Tras pedir a la sala, llena de líderes, que se unieran a ella en un momento de silencio compasivo por los miles de millones de personas, cuyas voces, no se escuchan en esa sala de conferencias, Wathuti pasó a explicarles acerca de su trabajo como fundadora de la iniciativa “Generación R”, un proyecto que trabaja para cultivar y aumentar la seguridad alimentaria de los jóvenes kenianos, y concluyó- ella- diciendo: “creo en nuestra capacidad humana de preocuparnos profundamente y de actuar colectivamente.

Creo en nuestra capacidad de hacer lo correcto, si nos permitimos sentirlo nuestros corazones, así que, durante estas dos próximas semanas, sintámoslo en nuestros corazones. Los niños no pueden vivir de palabras y promesas vacías, están esperando que ustedes actúen, por favor, abran sus corazones y luego, actúen”. Creo que estas palabras son válidas para nosotros, jóvenes, que nos toca tan dura la realidad en nuestros corazones y que queremos cambiar, pero también, para todos los peruanos, para quien tiene responsabilidades ante tantas dificultades que requieren un tratamiento serio, con corazón.

Así como Rosa de Lima y Martín de Porres, también ustedes, jóvenes, se han puesto de pie, para seguir a Jesús en la misión recibida del Padre de construir su Reino, Reino de verdad, de justicia, de fraternidad, lo que nos pone de pie es la mirada compasiva de Dios Padre que nos mira a todos como a sus hijos y a sus hijas, y que nos hace salir de toda división, de todo rencor, odio, venganza, para con Él, ir haciendo realidad la civilización del amor.

“Joven, ¡Levántate! Tú eres profeta del Bicentenario”.